NOTAS PARA NO OLVIDAR A CARLOS ARBELÁEZ CAMACHO

GERMÁN TÉLLEZ CASTAÑEDA
Arquitecto

Carlos Arbeláez Camacho, 1950.

Un recuerdo de primera juventud: la primera clase del segundo día de mi primer año de estudio de arquitectura en la Universidad de los Andes, en enero de 1951. Un profesor debutante para un grupo de estudiantes imposiblemente novatos cuya cuidada apariencia, voz suave y pulido bigote contrastaba duramente con el aspecto y las maneras de los profesores de matemáticas y humanidades que nos habían tocado en suerte. La materia se llamaba "Evolución" y para ella habíamos adquirido el texto que debíamos leer: *Historia de la Vivienda Humana* de Viollet-Le-Duc. El profesor era el entonces joven arquitecto Carlos Arbeláez Camacho, apenas seis a ocho años mayor que sus alumnos.

Conservo el libro de Viollet-Le-Duc pero perdí a paso de los años algunos lamentables escritos que hice como comprobaciones de lectura, con observaciones anotadas al margen por Carlos Arbeláez de inmerecida benevolencia. Pasarían muchas décadas para que se produjera en mi caso la síntesis intelectual que esa materia buscaba por medios ocultos, entre la maraña académica de un pénsum que se debatía entre la enseñanza de la arquitectura entendida como un oficio técnico y una escasísima proporción de teoría de las ideas ordenatorias del espacio artificial. Carlos Arbeláez nos hablaba, no como profesor sino como apóstol de una dimensión de la arquitectura que no nos era dado entender entonces y ante la cual retrocedíamos impacientemente, prefiriendo las ásperas certidumbres de las materias técnicas y la lucha con nosotros mismos que nos planteaban los cursos de diseño. ¿Qué hacía Carlos Arbeláez en un medio académico claramente orientado hacia el aprendizaje técnico de la arquitectura? Una y otra vez se nos dijo, en los años cincuenta, por parte de arquitectos profesores nuestros o no, que la enseñanza de la historia era un rezago de esa academia desueta que tan mal librada salía en los –para nosostros fascinantes– escritos de Le Corbusier y Walter Gropius. Carlos Arbeláez parecía haber equivocado su rumbo didáctico o ser, en el mejor de los casos, un aislado disidente de una tendencia educativa que presumiblemente había resuelto todos sus problemas y no requería el lastre de una dimensión cultural. El contraste entre la cátedra de Carlos Arbeláez y el curso llamado de "Diseño básico" (la cantilena del punto, la línea, el plano, la textura, el color, etc.) o el cálculo estructural, no podía ser más brusco.

Apunt. Bogotá (Colombia), 6 (21): 12 - 17 enero - julio de 2002

Un encuentro fortuito, también de juventud, con Carlos Arbeláez, provocado por el interés literario que éste tuvo por un texto de mi padre, Hernando Téllez, quien había sido llevado al pueblo de Monguí por su amigo, célebre escritor también y sensible observador de la arquitectura colonial en Boyacá, Eduardo Caballero Calderón. De ese paseo surgiría la página magistral que tan importante habría de resultar para Carlos Arbeláez.

Impulsado por los relatos de las expediciones de investigadores mexicanos como Juan O'Gorman y Francisco de la Maza, en busca de monumentos arquitectónicos abandonados o semidestruídos en lugares remotos de su país y en particular los grandes conventos que habían pasado, ya en el siglo XX, a manos del gobierno de esa nación, Carlos Arbeláez se interesó en los primeros años sesenta por lo que podría ser, en Colombia, una muy modesta contrapartida histórica y arquitectónica de los ejemplos mexicanos de Acolman, Actopan, Cholula, Yuriria y muchos otros: el conjunto conventual franciscano de Monguí, en Boyacá, el último de su género en ser levantado durante el periodo colonial neogranadino. Pocos se habían interesado por aquél, quizá por estar situado en lo que entonces era un remoto pueblo boyacense de difícil acceso. Para mi padre y yo, Carlos Arbeláez era un caso rarísimo de un arquitecto inteligentemente inclinado hacia una cultura general en la cual la literatura tenía vital importancia, lo cual nos permitía una amplitud de diálogo e ideas imposible en el trato con otros profesionales del diseño arquitectónico.

El texto de Hernando Téllez, "Monguí", suscitó un vivo interés en Arbeláez y produjo una serie de tertulias en el curso de las cuales surgieron la empatía intelectual y la amistad mía con quien hasta entonces había sido simplemente mi primer profesor de una materia teórica y una figura importante, de modo abstracto, en el medio arquitectónico colombiano. Hallé siempre muy atractiva la inclinación de Carlos Arbeláez hacia el pasado arquitectónico, así fuesen mis razones para ello radicalmente diferentes de las que él mismo habría invocado. A Carlos Arbeláez le debo haber despertado en mi, con su tranquilo pero intenso fervor ideológico, el interés por la historia de la arquitectura como explicación profunda de un presente que provocaba más escepticismos e inquietudes que certidumbres o satisfacciones. Cierto número de arquitectos colombianos de mi generación, la que hoy tiene entre 58 y 65 años podría decir –con entusiasmo o a regañadientes– algo similar. El ejemplo de Monguí fue una puerta abierta al descubrimiento y estudio de muchos otros componentes del patrimonio arquitectónico colombiano. Carlos Arbeláez no se limitó, como otros historiadores colombianos y españoles, a escribir sobre Monguí sin haber visitado el lugar ni haber observado en detalle, con criterio técnico, sus rasgos arquitectónicos. Arbeláez propuso implícitamente pasar a la etapa de profesionalización del conocimiento y cuidado de la arquitectura del pasado en el país. En alguna ocasión decía: "el doctor Guillermo Hernández de Alba me confesó paladinamente, sin ningún reato de conciencia que él había escrito el texto sobre Monguí sin haber estado nunca en esa región de Boyacá"... Ahora había que levantar planos que indicaran el número exacto (errado en el escrito de Hernández de Alba) y la trayectoria de los arcos de cada nivel del claustro, las desviaciones y errores geométricos, los problemas estructurales. No bastaba ya la vaga hipótesis sobre quiénes habrían construido uno u otro ejemplo de arquitectura colonial y ya no se repetiría más el caso de la descripción equivocada del claustro de Monguí que fue a dar a la monumental *Historia del Arte Hispanoamericano* de Diego Angulo y colaboradores.

Un recuerdo profesional: a raíz de la visita al país y las consiguientes conferencias del profesor argentino Mario Buschiazzo, Carlos Arbeláez propuso a todas las escuelas de arquitectura que quisieran escucharlo, la creación de centros

El claustro de San Francisco de Tunja durante el proceso de demolición en 1964. Foto: Germán Téllez.

investigativos similares a los que ya existían en México y Buenos Aires. El que surgió en la universidad Javeriana llevaría, por expresa voluntad de Arbeláez, el mismo nombre de sus congéneres argentino y mexicano, "Instituto de Investigaciones Estéticas". Por razones de organización académica interna, el que creó en la Universidad de los Andes el autor de estas palabras, en buena parte gracias a la recomendación y entusiasmo de Carlos Arbeláez, se llamó Centro de Investigaciones Estéticas. Carlos Arbeláez no cejó en su empeño de convencerme y convencer a las autoridades de mi facultad de arquitectura que esa era una idea que complementaría admirablemente la cátedra de historia que yo desempeñaba allí. A él se le debe ésa insistencia sobre algo que ciertamente no encajaba para nada en los esquemas educativos de ninguna Facultad de Arquitectura del país. Todos aquellos que fuimos sus amigos y seguidores llegamos eventualmente a tener dudas e iniciamos cismas, pero Arbeláez mantuvo intacta su fe en la arquitectura del pasado, aun en épocas de crisis, desánimo o desbandada.

Lo de "investigaciones estéticas" se prestaba –y continúa prestándose– a equívocos. El arquitecto cubano Manuel Carrerá sorprendió a Carlos Arbeláez y a todos los asistentes a un congreso de arquitectos en los años sesenta, anunciando que a él siempre le había interesado la "investigación estética", entendida como, por ejemplo, el estudio de las proporciones y la trayectoria que debía tener una escalera curva en un edificio diseñado por él mismo en La Habana, años antes. Siempre me pareció admirable la paciencia didáctica con la cual Carlos Arbeláez emprendió la ardua y compleja tarea de explicar a Carrerá que estábamos hablando del patrimonio arquitectónico y sus inconvenientes.

Un recuerdo significativo de la época inicial de los centros investigativos creados por inicativa de Carlos Arbeláez, el cual aúna curiosamente el consumo masivo de aguardiente de las rentas de Boyacá con la defensa –esa vez inútil– del patrimonio monumental colombiano: en 1964, en un penumbroso y desapacible salón de un club social en Tunja, ocurrió una reunión, o mejor, un desafío totalmente surrealista, entre los arquitectos y funcionarios encargados por la Beneficencia de Boyacá de la destrucción del claustro colonial de San Francisco –quizás el más hermoso de los que existieron en la capital boyacense– y su irónico reemplazo por un hotel de turismo, por una parte, y por otra, un grupo de "rescate" de tan importante monumento, conformado por el entonces presidente de la Sociedad Colombiana

de Arquitectos, Dicken Castro; los colegas boyacenses opuestos (también los había) a esa acción vandálica, representados por el arquitecto Hernando Vargas Rubiano, Carlos Arbeláez Camacho como representante de la Academia Colombiana de Historia y el autor de estas líneas como representante de los dos centros investigativos universitarios recién creados a la fecha. En esa época aún no existía el Consejo de Monumentos Nacionales y la Academia era la entidad encargada de la protección del patrimonio arquitectónico del país. Carlos Arbeláez era el primer arquitecto en ser nombrado Miembro Correspondiente, y más tarde, Miembro de Número y Secretario de la Academia de Historia. Durante la interminable y absurda discusión en Tunja, el colega autor del proyecto que reemplazaría el claustro colonial, para entonces ya en vía de demolición clandestina, a espaldas del gobierno central, luego de explicar con voz pastosa y entrecortada por el consumo de aguardiente local las maravillas de su diseño arquitectónico "wrightiano" (?) directamente inspirado, decía él, del Hotel Imperial de Tokio –bárbaramente destruido también en 1989– exclamó con énfasis de político ebrio "...es que a *Carlitos* (Arbeláez) no le gusta el verdadero progreso de Tunja sino las iglesias viejas...por eso no deja que cobremos los honorarios de ese proyecto...". Tan impertinente familiaridad se explicaba, pues ese colega había sido compañero de estudios de Arbeláez en la Universidad Nacional. Esa fue una tremenda prueba de entereza de carácter que Carlos Arbeláez superó con impasible y silenciosa serenidad.

Carlos Arbeláez Camacho en el claustro de San Francisco de Tunja durante el trabajo de levantamiento en 1964. Foto: Germán Téllez.

Poco tiempo luego y en uno de los muy raros días soleados en Tunja, se inició el levantamiento de planos y fotografía del claustro de San Francisco –ya semidestruido en secreto– realizado conjuntamente por los centros investigativos de las universidades Javeriana y de Los Andes, bajo la dirección de Carlos Arbeláez y el autor de éstas palabras, para ser incorporados a las bases del concurso arquitectónico que teóricamente permitiría escoger un proyecto alternativo al hotel "wrightiano" en la capital boyacense. Aún recuerdo la explicable angustia en el rostro de Carlos Arbeláez cuando un individuo presumiblemente enviado por quienes se oponían hostilmente a nuestra presencia en Tunja, nos dijo: "...váyanse para Bogotá mientras puedan...ahí vienen unos choferes de taxis y flotas (buses) que los van a sacar a piedra de aquí. Ya les dieron plata y aguardiente... dejen y verán lo que pasa...". Esta amenaza tenía un especial contexto anímico para Carlos Arbeláez pues anteriormente, en Monguí, se había visto precisado a retirarse apresuradamente de la población, a donde había ido en compañía del profesor argentino Mario Buschiazzo para observar el con-

junto conventual franciscano y la valiosa colección de pinturas de Vásquez Ceballos existentes en la iglesia. El cura párroco del lugar, quien había tenido serias desavenencias con Arbeláez, había azuzado a los habitantes del poblado, anunciando que éste venía con un extranjero para robar las pinturas de la iglesia. Éstos, acostumbrados a la violencia como solución a todos su males, atacaron a pedradas el automóvil de Arbeláez pero afortunadamente no lesionaron a ninguno de sus ocupantes. Idéntica amenaza se cernía ahora sobre nosotros en Tunja. Dos policías locales destacados para "vigilar" habían desaparecido convenientemente. Consulté con Carlos Arbeláez, pues según nuestros opositores, era él quien "capitaneaba" (sus palabras) el grupo universitario allí presente. Él, como yo, éramos responsables de nuestros estudiantes y de haber emprendido esa labor contra la voluntad y los designios de los dueños tunjanos del edificio. Luego de cierta meditación, Carlos Arbeláez expresó: "Bien, terminemos". Tácitamente estaba siendo consecuente con la misión profesional que su propio espíritu le había encomendado. Siempre he pensado qué habría ocurrido aquella vez, de no haber aparecido providencialmente en el claustro, minutos más tarde, Gloria Valencia de Castaño, prominente figura de la televisión colombiana de esa época –en blanco y negro–, con un camarógrafo de la Televisora Nacional, quienes sabían de la demolición ilegal de San Francisco y habían filmado previamente algunos documentales asesorados técnicamente por Arbeláez y el autor de éstas líneas. Lo que jamás pasó por nuestras cabezas fue una fuga deshonrosa de la capital boyacense protagonizada por los centros investigativos recién creados en las universidades Javeriana y de Los Andes. Al "espía" que rondaba por las vecindades e ingería aguardiente directamente de la botella a intervalos cada vez más cortos le informamos que la televisión había llegado y que lo que podría ocurrir tendría "cobertura nacional". Desapareció presurosamente y jamás volvimos a verlo. Quienes nos debían "echar a piedra" de Tunja aparentemente prefirieron continuar bebiendo el producto de las rentas de Boyacá ofrecido por los organizadores de la asonada contra "los bogotanos". Ese era el clima de la época y ésas las dificultades que alguien exteriormente tan tranquilo y apacible como Carlos Arbeláez debió enfrentar en su condición de pionero en la lucha por la supervivencia del patrimonio arquitectónico del país.

Un recuerdo final: una fatídica llamada telefónica en los primeros meses de 1969 del entonces decano encargado de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Javeriana, para decirme que Carlos Arbeláez deseaba que tomara bajo mi responsabilidad la terminación de sus clases, interrumpidas por su estado de salud a mitad de un semestre. Ignoraba la rápida evolución de la enfermedad que llevaría a Carlos Arbeláez a su prematura desaparición. Decliné en primera instancia tan inquietante honor, pero luego recibí un mensaje, manuscrito por el propio Carlos Arbeláez, en el que me solicitaba encarecidamente ese favor académico. No me fue dado ver nuevamente a Carlos Arbeláez en vida, pero aún en esas dolorosas circunstancias, esas líneas reflejaban la donosura y elegancia espiritual de mi amigo y profesor de otras épocas. Me fueron entregados los cartones con fotografías, planos y notas suyos y, con un mínimo absoluto de palabras y expresiones mías, emprendí lo que ciertamente es la prueba académica más dura que he enfrentado, pues no se reemplaza a un profesor y un amigo como Carlos Arbeláez. Se respeta y se termina su tarea incompleta tal como él la hubiera ejecutado. Sigo pensando que cualquier otra actitud hubiese sido un inaceptable sabotaje a sus métodos y su ideología didáctica, aunque dialécticamente los caminos del pensamiento me hubiesen llevado muy lejos de sus creencias de todo orden. Ante todo, prefiero recordar a alguien tan valioso como Carlos Arbeláez en la plenitud de su salud y su condición intelectual.

Se me pregunta a veces ¿cómo era Carlos Arbeláez? ¿Quién era este personaje del cual ha-

blan los arquitectos de su generación o quienes fueron sus alumnos como si fuese una especie de ser mítico? No me es posible responder satisfactoriamente a estos interrogantes pues sólo fui su amigo y colega, pero no su confidente, sucesor académico u obsequioso servidor, y menos aún su competidor profesional. Los rasgos íntimos de carácter de Carlos Arbeláez que me fue dado entrever no vienen al caso. Prefiero las luminosas virtudes y las humanas limitaciones que fueron suyas como profesional de la arquitectura y la historia. Aplaudo sus aciertos y no me preocupan grandemente sus errores. No podría haber compartido en modo alguno su pensamiento político o sus métodos o ideas académicas, pero todas ellas merecieron siempre mi respeto, comprensión y, en algunos casos, admiración. Habría que destacar, una y otra vez, cuán excepcional fue su figura en el contexto de su propia generación de arquitectos colombianos. Su fe, dura pero no impositiva, en las bondades de su trabajo profesional y académico sería la misma que lo llevaría por el camino de sus creencias religiosas. Suya fue una inviolable modestia y una discreción personal muy poco usuales en sus colegas. De Carlos Arbeláez cabía esperar una resignada paciencia ante algún exabrupto escandaloso de algún colega, pero no una truculenta u hostil respuesta a las críticas, las agresiones y los insultos de las cuales fue víctima en su ejercicio profesional. Quizá esa sea la explicación de su radical negativa a participar en reuniones académicas o profesionales en lugares como la Universidad del Valle, en Cali o la Central de Caracas, en Venezuela, en épocas en las cuales ambas eran hervideros amenazantes de agitación e ideas de izquierda, por las cuales Arbeláez experimentó una permanente y radical antipatía. Bien sabía que allí no podría hallar el respeto por las propias ideas que él mismo profesaba con tanta discreción por las creencias ajenas.

Carlos Arbeláez fue tranquilamente firme en sus aciertos y sus equívocos. Se podría decir que acertó y falló con estilo y altura. Sólo él, dirigiéndose a mí, podría haber dicho alguna vez, con expresión sonreída y como quien no quiere el asunto, que lo peor que les había ocurrido a los países iberoamericanos a lo largo de su historia era su separación de la corona de España. Recuerdo haber tardado largo rato en percatarme que tamaña afirmación no era un rapto de humor negro sino una conclusión de fondo a la cual era posible llegar, luego de largo estudio de la historia de la Madre Patria y su imperio colonial, desde un punto de vista político "más a la derecha que la monarquía". Discutible postura, sí, pero honesta y clara. Un repaso de la historia de lo que el autor teatral Wenceslao Fernández Flórez llamó las "republiquetas del banano" bastaría para crear todo género de dudas sobre el tema hasta en el más ferviente de los iberoamericanistas.

En *Carta a un rehén*, Antoine de St. Exupéry escribe:

> Es la aceptación de lo que soy lo que te hace indulgente a mis quehaceres como a mis fórmulas. Te agradezco que me recibas tal como soy. Nada tengo que hacer con un amigo que me juzga. Al acoger a un amigo en mi mesa, le ruego que se siente. Si cojea, no le pediré que se ponga en pie para danzar.

Y luego continúa:

> ¿Cómo construye la vida esas líneas de fuerza por las cuales subsistimos? ¿de dónde viene el peso que me inclina hacia la casa de este amigo?... de qué sucesos secretos están hechas las dulzuras particulares, y a través de éstas, el amor por nuestro país?
>
> Los milagros verdaderos, cuán poco ruido hacen! Cuán simples son los hechos esenciales! Sobre algún instante que queremos relatar, hay tan poco qué decir que debo revivirlo en sueños y así hablar a este amigo...